

Gabriel Amunátegui

## Posición de Rusia en el actual conflicto mundial <sup>(1)</sup>



PERMITIDME en primer lugar, señores, agradecer el gesto de confianza que significa haberme ofrecido esta tribuna. Para aquéllos de entre ustedes que no me conocen, debo justificar mi presencia en ella. Maestro por herencia y por profesión, soy de los que sienten que la función docente no puede encerrarse en el horario de clases y que ella implica una maciza responsabilidad social. Y en estos precisos instantes, en que profesores europeos son arrastrados a campos de concentración y sufren toda suerte de vejámenes, en estos instantes en que se pretende aherrojar el pensamiento hablado y escrito, esa responsabilidad acrece hasta llegar a constituir un mandato angustioso e ineludible. He aquí por qué estoy ante ustedes respondiendo a ese angustioso mandato de conciencia en mi posición de maestro.

Esta charla acerca del papel que juega Rusia en el actual momento que vive el mundo, distará mucho de ser—como reza el adagio francés: «ancha como un portal y honda como un pozo». En cuanto a su longitud nos encontramos con un territorio excesivamente amplio para las márgenes de tiempo en que ella debe ser encerrada. En cuanto a su intensidad, los complejos problemas que debería abordar precisan un escalpelo más prolijo que el de un simple profesor de Historia y de Derecho.

(1) Conferencia leída en el Salón de la Unión de Profesores de Chile.

La Historia, rama fundamental de la Ciencia Social, puede ser concebida objetivamente como libro de vida de ese viajero singular que es el hombre.

En sus páginas va registrando los grandes acontecimientos de la humanidad, desde aquellos tiempos remotos ocultos en la maraña de lo legendario, hasta los hechos contemporáneos.

Y así, serenamente, la Historia está escribiendo la vida del hombre y engarzando los sucesos con sujeción al principio de causalidad que determina su encadenamiento lógico.

Las páginas que corresponden al minuto de transacción que la humanidad vive, a esta hora que es un paréntesis abierto hacia un porvenir que se vislumbra y que ciertamente no habremos de cerrar, deben ser el encabezamiento de uno de los grandes ciclos del hombre sobre la tierra.

En estas páginas ya está anotada la tragedia que asolando a España, diera cruenta muerte a la naciente República y a sus instituciones democráticas.

Durante esa guerra que el pueblo español libró y perdió contra tanques y aviones extranjeros, que utilizaron la Península Ibérica como campo de ensayo y experimentación, apareció un buen día en una ermita de Asturias un letrado colgado en el pecho de una modestísima imagen de Jesucristo. Quien se acercara a leer, esperando encontrarse con una frase profana y aun blasfema, no podía menos de sorprenderse con la tosca inscripción. En ella se leía: «Contigo no va nada. Tú eres de los nuestros». La validez pura y sencilla de aquel símbolo encierra un contenido tan amplio y hondo que permite por sí solo exteriorizar el paralelo entre esos dos enormes fenómenos históricos que han transformado y transforman el mundo: el cristianismo y la revolución actual, enlazados en el suceder cronológico por medio de ese otro significativo acontecimiento que es la Revolución Francesa.

En otros términos, la magnitud y el enlace establecido con la realidad humana que difundió Cristo en el mundo, la trans-



formación universal del siglo XVIII y la revolución permanente de hoy día.

El primero de tales acontecimientos fué el cristianismo que, por una parte trabó combate contra todas las divinidades del mundo pagano y por otra predicaba un principio destinado a revolucionar toda la estructura social de la época, esto es, el principio de la igualdad ante Dios y el derecho universal a gozar de los mandamientos.

La crisis revolucionaria del siglo XVIII removerá no sólo la Francia hasta sus entrañas, sino que arrojará a inmensa distancia semillas que fructificarán a lo largo del tiempo: surge la concepción de la libertad y de la igualdad jurídica y así como el creyente vuelve en su agonía sus ojos hacia el mártir del Gólgota, así en los labios de los eternamente oprimidos aflora siempre la Marsellesa.

El tercer gran acontecimiento coetáneo es la Revolución Rusa. La Rusia de los Zares se derrumba violentamente en la hecatombe de la pasada Guerra Mundial y los gobiernos provisorios ceden el paso a una nueva ideología. Surge la enérgica figura de Lenin que, mientras el Gobierno provisorio ensaya formas de representación democrático-burguesas, el habla al pueblo en su propio lenguaje: «Todo el poder para los Soviets». Cuando la mayoría de los revolucionarios estudia cómo continuar la guerra, Lenin promete la paz. Cuando socialistas y democráticos planean una reforma agraria. Lenin ofrece la tierra al campesino. «Paz y tierra», consigna capaz de arrastrar a 150 millones de hombres vencidos y hambreados.

E irrumpe en el mundo la doctrina de la igualdad de derechos económicos.

Las tres grandes etapas engendradas por el cristianismo, por la Filosofía del Siglo XVIII y por la Revolución Rusa han exigido, a fuerza de saltos gigantescos, un período de ulterior reajuste y de rectificación de formas y sistemas.

Los hombres que fueron capaces de moldearlas, han sido

expuestos al baldón y crítica de sus contemporáneos—Jesucristo murió en la cruz y sus primeros discípulos fueron arrojados a las fieras—pero esa revolución, así como la francesa y la permanente de hoy día, han seguido y siguen su marcha con grandezas y miserias, como toda obra humana y esas obras han perdurado y perdurarán en el tiempo.

Quién ha hilvanado estas líneas no es comunista. Admítanos esta declaración como antecedente preciso de las que siguen a continuación. He venido a esta tribuna en son de hombre que quiere ser libre y que discrepando en determinados aspectos formales y teóricos (y aun hasta doctrinarios), en calidad de tal, no puede reprimir la reacción de todo ser que piensa, siente y sufre, de admirado elogio y de agradecido reconocimiento por lo mucho que la civilización le va debiendo ya a los rusos y la deuda que todos estamos contrayendo con ellos.

No obstante la declaración de principios que antecede, es preciso insistir en algunos puntos teóricos, para mayor claridad de las ideas que aquí se pretende ordenar.

La evolución y transformación de Europa, a partir del tratado de Versalles y sus pactos correspondientes, o sea el lapso 1918-1938, ha sido, en parte, acondicionada por el desarrollo del marxismo y las nuevas formas que ha adoptado, en Rusia, primero, en Francia, después. Lo que el marxismo encuadra en su interpretación materialista de la Historia—(cuanta confusión se ha creado, tal vez artificialmente, para desvirtuar esta teoría buscando acepciones bastas a la palabra materialismo)—puede sintetizarse en la definición de lo que es la Revolución democrático-burguesa como antesala necesaria a la revolución proletaria o total. Modelo de una podría considerarse la Revolución Francesa y de la otra la Rusa. Las condiciones en que ambas se desarrollaron difieren mucho en el tiempo, en las raíces y en las consecuencias, pero son muy semejantes en la forma y aun en el fondo. La francesa, impulsada por el ánimo universalista



de los latinos, repercutió en lo político—pese a las dificultades de comunicación escrita—más que la rusa. La madurez del clima que siguió a Kerenski adoptaba modalidades perfectamente propias a los eslavos. El marxismo filosófico, de amplios precedentes en Platón, con el nexo de Hegel hasta Marx y Engels, nacido y criado en Alemania, se transformó y se superó por obra y gracia del político más trascendental quizá de nuestro siglo: Lenin, y la lucha contra Trotzki, es decir, contra la teoría de la revolución permanente en el mundo, demostró a la larga la razón y la firmeza de la tesis oficial. Trotzki, no obstante su gran aporte a la lucha, era un hombre destructivo, y entonces y después lo que hacía falta en Rusia era construir, era afirmar lo ganado para hacerlo invulnerable. Si la otra tesis hubiera prevalecido, la fragilidad provocada por un debilitamiento de las energías propias hubiera sido hoy la catástrofe. Porque, en definitiva y por encima de todas las consideraciones personales, se puede decir muy alto a los recalcitrantes: ¡Qué sería del mundo si Rusia no mellara la fuerza del nazismo en sus tierras inmensas y en sus inmensos recursos materiales y morales que ha sabido generar el sistema político bolchevique!

La Revolución fué violenta, espantosa. Y no podía ser de otro modo. Está ya en la Historia y es absurdo atacar al sistema comunista por la violencia de una revolución que fué como las demás y que, por otra parte, surgía de una respuesta hasta cierto punto lógica. La policía del Zar y las tropas mercenarias de invasión (corramos un tupido velo) no trataban a los bolcheviques con serpentinas y confites. A la revuelta y a la victoria siguió el estrangulamiento económico del país por los vecinos, y el hambre, el hambre más terrible que ha conocido modernamente un país civilizado. Era otra forma de guerra, tal vez más despiadada que la de la pólvora. Vinieron los planes quinquenales. Se imbuyó un espíritu de trabajo y de austeridad feroces. El robo se castigaba con la muerte. Había un código nuevo. En él se recargaba la pena al doble para los que

militaban en el Partido Comunista. Un bolchevique, decían los dirigentes, no puede delinquir, y si delinque se le castiga con doble violencia. En lo político, fué el recrudecimiento de un singular misticismo, un tanto religioso, por el recuerdo de Lenin y la figura viva de Stalin y, de rechazo, el recrudecimiento de la teoría rígida y, por qué no decirlo, (repito que no soy comunista) hasta sectaria.

Pero Europa interpretó al fin. El terror incomprendible que provocaba la palabra comunismo dejó de servir de fantasma para asustar a los reaccionarios. Los nazis habrían de tardar en esgrimirlo para desgracia de los incautos que creyeron en el mito y que fueron sus primeras víctimas. Y un momento político feliz de los franceses introdujo a Rusia en Europa, gracias a un pacto de no agresión trascendental en el desarrollo de los acontecimientos. Nos referimos, naturalmente, al pacto franco-soviético que fuera base para una colaboración activa con Checoeslovaquia, con Polonia, con la Pequeña Entente y aun con Inglaterra.

La actitud de Rusia, dentro y fuera, cambió de súbito. La violencia doctrinaria cedió el paso a una etapa de evolutiva corrección del régimen. El período revolucionario inició su estabilidad dentro de lo que en su interpretación materialista de la Historia había de ser la transición de la dictadura obrera o la democracia obrera. La Tercera Internacional perdía parte de su carácter eminentemente ruso. El Partido Bolchevique dejaba en algunos aspectos de ser el modelo en algunas controversias doctrinarias. Plejanov, el gran crítico y creador de la teoría de la función social del arte en razón de la lucha de clases, había sido preferido para venerársele, luego. Un Partido nuevo inyectaba corrientes nuevas al movimiento internacional nutrido por el grupo de intelectuales más interesante de Europa, el Partido Comunista Francés. El heroísmo de los hombres del Quinto Regimiento de Madrid, Lister, Modesto y el comandante Carlos mostraban al mundo una conducta y un



rumbo. El Gobierno ruso ya había colmado de honores a Gorki, a Schostakowski y a Prokofieff. Una generación nueva de novelistas y músicos simbolizaban el apoyo a la libertad del pensamiento individual.

El fisiólogo más eminente de los últimos tiempos, Pavlov, decía en un congreso científico de Londres que él, hombre de derechas, había recibido del gobierno soviético más medios, más elementos de trabajo que los que pudieran apetecer el sabio más destacado de cualquier otro país del mundo. Le habían dado nada menos que una ciudad entera para que continuara sus experiencias con los perros y ampliara la revolución que había causado con su teoría de los reflejos condicionados.

Pues bien, esta obra ingente, enorme, provocaba, naturalmente, un movimiento de simpatía que era cada vez más fuerte. La actitud del gobierno ruso hacia sus más eminentes ciudadanos, sin considerar su filiación ni sus creencias; la realidad de la constitución staliniana, la política federal democrática que la misma constitución señalaba; la ayuda a España, especialmente en el seno de la Sociedad de las Naciones, gracias a la obra de uno de los diplomáticos más inteligentes de la hora actual: Litvinov; la realidad y los resultados inmediatos de la idea lanzada por Dimitrof, eran todos elementos y objetivas verdades que se imponían por el abrumador peso de sus argumentos. Qué instante más promisor en Europa. Al fin parecía que los hombres del Viejo Mundo se habían dado cuenta de los errores pasados y de que iban a rectificarse todos de una vez.

Pero, desgraciadamente, no fué así. Mientras el enemigo daba los últimos toques a la preparación del ataque traidor, que los españoles habían anunciado sin cesar, anunció que había sido desoído por los políticos de Francia y de Inglaterra, las fuerzas capaces de oponerse organizadamente al ataque se dispersaban y se confundían en discusiones bizantinas. Y vino el golpe. Francia sucumbió. Hitler pactaba con Rusia obteniendo una desorientación angustiosa en los hombres que no habíamos re-

gateado nuestra simpatía hacia el país de Lenin. Ustedes van a perdonarme esta sinceridad. No entendimos el pacto germano-soviético. Tal vez estratégicamente considerado fué un acierto. Pero yo, que así como no soy comunista tampoco soy militar, y no entiendo de estrategia más de lo que me dice el sentido común que creo poseer: «En la guerra, como en el ajedrez y en otros ejercicios mentales—ha anotado un periodista chileno—no es posible el éxito sin el auxilio de mentes capaces para practicar combinaciones cambiantes, virajes bruscos y otras tretas derivadas de la previsión. Estas virtudes se condensan en la palabra estrategia, prima hermana de estratajema, ambas de origen griego, cuyo significado suma dirección de ardides, destrezas, astucias y engaños».

Y si admitimos que, estratégicamente, fué un acierto, porque retrasó la agresión y Rusia acercó sus fronteras a Alemania. Políticamente fué un error, porque los bolcheviques perdieron mucha de esa enorme simpatía universal. Bien es cierto que la gran responsabilidad era de los gobiernos aliados que no supieron ver lo que estaba pasando. Pero... mejor es adelantar la hilación de nuestra charla y dejar esta breve acotación.

Sea cual fuere el juicio crítico de acontecimientos que ya pertenecen a la Historia, lo cierto es que Rusia, acertada o errada en su actitud de ayer, es hoy la gran esperanza de la civilización.

La potencia organizadora de los rusos ha demostrado muchas cosas. La primera y principal ha sido destruir el mito de la invencibilidad de los nazis. No puede haber hombre que se sienta liberal e independiente que no glorifique los nombres de Timoshenko, de Vorochilov y de los centenares de héroes anónimos que, con sus vidas, están salvando las nuestras y el porvenir del mundo.

Todo lo antedicho concuerda en señalar la múltiple responsabilidad del nazismo frente a Rusia. La mayor de todas ha si-



do la interrupción, al agredirla, de esa normal transición democrática del sistema bolchevique, que volverá a surgir, con la victoria, más sana y más pujante que antes de la tragedia. Sigue en orden de importancia el haber arruinado una obra de veinte años en las tierras más fértiles de Europa. Pero ellos pagarán, y el precio de su derrota será el haber eliminado las diferencias de espacio y de tiempo para que Europa llegue a un sistema de gobierno que no ha de ser, por cierto, ninguno de los que han protagonizado esta tragedia y que si se ha de semejar a alguno de ellos, ciertamente que será al que dirige la reserva salvadora de la Democracia en las llanuras inmensas de Rusia.

Hoy todo cambia velozmente. Todavía asusta a algunos espíritus timoratos la palabra comunismo. Por eso podemos hablar con serenidad y, sobre todo, con lealtad, los que no somos ni comunistas ni timoratos.

Lo fundamental, lo permanente, es esa simpatía, esa gratitud y ese deseo vehemente de los hombres honrados, sin mirar el color de su carnet ni su registro político, de que Rusia se salve, salvándonos a nosotros y de que cumpla una función más importante aun, si cabe, que la de su revolución total: la de liberar al mundo del azote espantoso que hoy nos amenaza a todos por igual.

«El conflicto está planteado—anota un tratadista francés de la III República—entre el materialismo racial, la teoría del espacio vital, la forma del clan y de la tribu por una parte, y, por la otra, la democracia pacífica, la tendencia a lo universal, la asociación de la ley política y de la ley moral».

Y el interrogante ¿cual de las dos doctrinas triunfará? espera la respuesta que debemos dar nosotros, los hombres libres del mundo.

Si pueblos enteros consienten en la servidumbre, es imposible sustraerlos a ella. Si rechazan la servidumbre, es imposible obligarlos a ella.